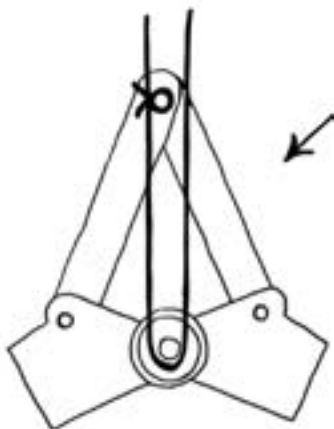


En ese punto, a la altura del cuarto cuento, el lector sabe que *El amante de Lily Marlén* es un volumen y no una colección dispar de anécdotas. Ya sabe que los personajes de los cuentos son (y seguirán siendo) hombres solos (casados o divorciados, pero solos), con un cierto anhelo –en ocasiones explícito, en ocasiones difuso– de compañía femenina; que son de origen judío pero no necesariamente practicantes sino, como Esquenasi, “amigos de asistir a fiestas religiosas y participar de eventos comunitarios”; que viven en un mundo donde D’s existe –la superstición de las mujeres mantiene viva esa idea– aunque esté ausente de su vida; que no luchan por cambiar el mundo sino que más bien lo padecen con un poco de escepticismo; y cuyo oficio –generalmente relacionado con la academia y/o con las ciencias exactas– ni los define ni los apasiona, pero es una ligerísima fuente de orgullo e identificación.



Los cuentos de Ángel son, en resumen, “esmerados y poco sentimentales”, como definió Frances Kiernan los cuentos de Mary McCarthy. Y tampoco carecen del soplo de vida que Kiernan le exige a los cuentos de McCarthy, y que en el caso de estos cuentos surge de unas grietas pequeñas en la vida de estos hombres mayores, usualmente razonables y aparentemente desapegados. A veces los personajes conviven con estas grietas: es el caso del profesor Serogovia, que va y viene de sus clases acompañado de la convicción de que lo van a matar. A veces las grietas aparecen paulatinamente, como le sucede a Moshé Manevich, antiguo profesor de matemáticas convertido por la

guerra en “alguien que se alimentaba de cebollas y coles robadas”. A veces surgen de improviso y desaparecen con la misma velocidad: Samuel Levinas, protagonista del primer cuento, cae en una de esas grietas y vuelve a salir al final del cuento sin muchos aspavientos.

La lluvia que cae en casi todos los cuentos es quizá la única señal evidente de la incomodidad que estas grietas provocan, y la única coordinada precisa –aunque el cuentista mete aquí y allá fechas exactas (El 14 de agosto de 1965, en cuatro ciudades sepultaron a un mecánico textil al mismo tiempo), estas sirven más bien como una distracción, una pequeña trampa para el lector.

Dice Charles Simic que los cuentos cortos, como los poemas, no abundan en explicaciones. Apenas insinúan que una segunda lectura nos dará más luces (y más placer, añadido). Y es exactamente eso lo que hacen los cuentos de Ángel: invitan al lector a mirar más de cerca, a confiar en que la falta de deslumbramiento es una invitación a una mayor intimidad, a que la domesticidad del lenguaje esconde turbulencias que vale la pena explorar. En “Un día de lluvia”, se dice que el personaje “vivía una incertidumbre permanente, pero no todo el tiempo porque había momentos en que él admitía que su vida era así y no la iba a cambiar”. Hay una novela en esta oración, pero Ángel prefiere no escribirla él sino invitarnos a compartir su desasosiego.

Margarita Valencia

## Una literatura de emergencia

*El siguiente, por favor*

ÍOS FERNÁNDEZ

Babilonia, Bogotá, 2012, 128 págs.

ÍOS FERNÁNDEZ debe andar por el umbral de los treinta y tres años. Dice la biografía de la carátula que nació en Cartagena (Colombia), estudió Literatura y Lingüística, fue actor en la universidad y hoy es libretista. En la fotografía de la solapa va vestido con una camiseta en la que está impresa la imagen de David Bowie, el rockero

inteligente y escandaloso que también es actor bueno y bizarro. ¿Una pista del tono de los cuentos?

*El siguiente, por favor* es una compilación de dieciséis cuentos dividida en dos partes. Los ocho trabajos de la segunda parte son en general más largos y más elaborados y, aunque no está consignada la fecha de composición de cada uno, en el 2002 la compilación había obtenido ya el Premio Distrital de Libro de Cuento Cartagena de Indias.

El trasfondo general de los primeros cuentos sugiere una de aquellas ciudades invisibles. Aparece a veces con el nombre de Fortuna, una urbe pequeña, provinciana, en la que la mayor actividad sucede al interior del individuo que la sufre. Hache, un personaje del cuento titulado “Porque las hojas de los árboles nunca serán dinero”, se queja de este modo: “Y si yo tuviera dinero viviría bien lejos, en Bogotá o en una ciudad de verdad, donde pase algo, porque aquí nunca pasa nada. Nadie hace nada”. Así, más adelante, hay otros escenarios con referencias bogotanas: bares como el famoso QuiebraCanto, calles de ciudad grande, moteles sin ventanas, apartamentos de estudiantes.

En las primeras historias, el narrador es un adolescente que registra el espectro de su vida emocional y, aunque también es protagonista, pues desde su mirada interior se desarrollan los acontecimientos, no se presenta con un nombre, no se caracteriza, permanece anónimo. Los temas en la primera parte y en algunos cuentos de la segunda giran entonces alrededor del aprendizaje juvenil de este protagonista a la vez velado y expuesto, que narra sus rebusques amorosos, sus timideces para el baile, sus deseos aún desdibujados; y aprovecha esta bitácora interior para presentar los personajes y los ambientes que enmarcan el proceso de convertirse en hombre:

Solo he venido aquí para enseñarte mis fotos, digo, las de la infancia. Sólo he venido aquí para mirarte, para mirar cómo me miras y para olerte oliendo el perfume amarillo de mis fotos viejas y que la noche se vaya y nos deje juntos mientras te las enseño todas. Mira ésta donde estoy llorando y donde tengo el brazo roto; aquí está mamá cargándome para alcanzar un globo y la del pastel de

cumpleaños con cara de imbécil; ésta donde apago la vela y pido el deseo. ¿Dónde estabas tú mientras pedía ese deseo? ¿Mientras te pedía? [pág. 35]

En general, los personajes que pueblan estos cuentos son de la generación de finales de siglo que comienza su juventud en la Colombia de los años noventa. Alberto Salcedo Ramos los describe en la contracarátula del libro como: “[...] –rudos, desencantados, vitales– viven enfrentados a los conflictos más comunes”. Y entre estos personajes, siempre las mujeres y el amor malogrado como marco esencial de las anécdotas eróticas: Jeni, Sue, Amanda... tantas otras que son siempre la misma a la que en cada cuento se añora de antemano sin muchas esperanzas.

En la segunda parte los cuentos son más largos y el autor se aventura a utilizar narradores con voz propia, de emocionalidad más decantada, lo que aumenta la eficacia de la prosa.

Por ejemplo, en el cuento titulado “Historia Médica” se narra la historia del doctor Manuel Brun, un médico de hospital provinciano, temeroso de Dios y de trato amable y profesional con sus pacientes, quien “siempre supo distanciar el trabajo de su vida personal”. Pero un buen día, al llegar al hospital sufre en el parqueadero un atraco en el que queda muy maltrecho. A pesar de los golpes y de la ropa ensangrentada, se reincorpora de inmediato a sus labores. Pronto en el altavoz recibe una llamada de emergencia para atender a un muchacho apuñaleado y a punto de morir. Intuye que se trata del asaltante que hacía horas le había robado el reloj y la cartera y lo había hecho arrastrarse por el suelo. Cuando confirma el hecho, comienza el desarrollo de este cuento. La estructura de la trama es sencilla y bien lograda pues adelanta solo los datos relevantes. El personaje queda esbozado con claridad en el comienzo, y vemos poco a poco cómo las circunstancias afectan sus principios. La tensión dramática se desplaza de las escenas de hospital al interior del protagonista de la historia. Sin embargo, la atmósfera no pierde coherencia. El narrador impersonal se enfoca en los detalles que subrayan el estado de ánimo de Brun y en la descripción visual de unas escenografías que recuerdan

vagamente a los hospitales de ultramar de Mutis. Aquí el enfoque de Íos Fernández, que ya sabemos que ahora se dedica a hacer libretos, logra que la instantánea de los primeros cuentos cobre dinamismo, adquiera una textura y un ritmo que le inyectan vida y color a las imágenes del entorno y a la personalidad de los protagonistas de la historia. Esta nueva distancia le permite al escritor construir una tensión moral más eficiente, más sutil.

De la compilación me llama la atención el cuento titulado “Ni es perro ni es azul”. La historia es divertida. La protagonista y narradora es Jeni Schiller, que aparece también en otros cuentos. Jeni es una estudiante de colegio. Una querida amiga le regala un juguete sexual que ella esconde con celo en un armario, en la caja de adornos navideños. Una mañana, después de haberlo usado para disminuir la tensión de un examen del colegio, lo deja olvidado en el baño que comparte con su madre. Se da cuenta del error cuando ya va en el bus hacia el colegio y tiene apenas tiempo para llegar a la prueba, a la que no la dejarían entrar si se retrasa, así que sufre hasta regresar y enfrentar el astuto desenlace. El recurso para crear tensión dramática funciona. El hecho de que la narradora sea mujer le permite al autor modificar las inflexiones de su voz, para beneficio indudable de la historia. La descripción de la atmósfera del colegio es convincente y el autor se da gusto al describir las postales de la fauna, el recreo, la clase y los exámenes.

El lenguaje de *El siguiente, por favor* se parece muchas veces a la crónica. Los tiempos de la acción suelen ser lineales, aunque a veces se asome el monólogo interior como un comentarista atemporal. Fernández no pretende hacer malabares con el tiempo. Sin embargo, como ocurre en las ocho páginas de “Tan triste como bella”, utiliza recursos que informan al lector y lo preparan para el desarrollo y el desenlace de la historia. Incidentalmente, el ejercicio de ese cuento parece haber nacido con aliento de novela pero se queda en un capítulo en suspenso.

Los diálogos tienen mucho de libreto. No es fácil aspirar en castellano al desparpajo coloquial del inglés, por ejemplo el de *El guardián entre el*

*centeno* de Salinger, uno de los libros mencionados por Fernández en una especie de epílogo al final. Pero hay oído fino en el autor para los diálogos, que son tan complicados en nuestra lengua, y salen bien librados (aunque quizá funcionarían mejor en un guion para la televisión).

Si hubiera que resumir la sensación que me producen estos cuentos, asoman a la mente dos palabras: claustrofobia y desencanto. Porque Íos Fernández no se escapa al aire de los tiempos de su generación y su contexto histórico en Colombia. Podría gritar junto con uno de sus protagonistas-narradores al comienzo del cuento “El tercer botón de la camisa”: “Estoy atrapado aquí dentro muriéndome de pánico. Afuera una multitud furiosa espera para matarme” (pág. 76).



Los protagonistas, especialmente en las historias de la primera parte, son en general adolescentes o muy jóvenes, clase media encerrada entre las mullas asfixiantes de su fuero interno. Habitan en Fortuna, un sitio caluroso y provinciano. No hay descripciones de un entorno natural, ni mar, ni playas, ni montañas. La única naturaleza que se menciona en estos cuentos es la naturaleza humana. En estos personajes, de la generación que Fernández representa y plasma, se ha desdibujado su sentido de pertenencia. No hay nada, por ejemplo, específicamente caribeño en estos cuentos, y eso es interesante pues indica, por una parte, que ya no hay chovinismo regional; por otra, que la generación urbana de finales del siglo XX y comienzos de la era de

Internet y de McDonald's es una franja homogénea que recorre el planeta.

No obstante, aunque no hay mención explícita a una realidad política colombiana, las emociones y experiencias vitales de los protagonistas están atrincheradas, sofocadas. Nos encontramos frente a una literatura de emergencia. Las circunstancias de lo que está pasando en el *afuera* de los individuos recreados por Fernández (el conflicto armado, por ejemplo) son ruidos de fondo, casi imperceptibles pero muy poderosos. Como un zumbido incesante de balas en el aire, la desazón de los protagonistas de *El siguiente, por favor* no tiene tregua. Aquí la rebeldía no es aparente y la respuesta común es el hastío. Ya no es una generación politizada en el estricto sentido partidista: han visto y sentido violencia de sobra en el entorno y no se dan el lujo de alimentar demasiadas esperanzas. Y así viven, y así los plasma Íos Fernández en sus cuentos. La cotidianidad consiste en “levantarse y volver a empezar, e introducirse en esa mortuoria rutina de ir y venir, lenta e idiota, en que se convierte la vida” (pág. 60), como la describe Adrián, el protagonista del cuento de la segunda parte “Tan triste como bella”.



Al final del libro el autor escribe un epílogo en el que nos explica por qué escribe, y comenta: “He dicho siempre que escribo un poco como hablo, que empecé a escribir las mismas historias que solía contarles a un grupo [...] historias burdas, exageradas, deliberadamente falsas, historias para impresionar, para marcar la raya” (pág. 127). Y bueno, es verdad.

Posdata: hay que anotar que en esta publicación de Editorial Babilonia las labores de edición y corrección son deficientes, lo que no le ayuda para nada

a un escritor que se está lanzando al ruedo. Hay desafortunadamente más erratas y descuidos de los que suele haber en un libro bien curado. Si ya es una proeza publicar cuentos hoy en día, ¿por qué no hacerlo de manera juiciosa y diligente?

Ignacio Zuleta Lleras

## Sentir que es un “soplo” la vida

### *La verdad sin calzones Crónica de los submundos*

JUAN GUILLERMO VALDERRAMA  
SANTAMARÍA

Instituto Tecnológico Metropolitano  
(ITM), Medellín, 1.ª ed., 2008, 2.ª ed.,  
2009, 355 págs.

LA PARADOJA subyace en esta extensa crónica testimonial de un ex-drogadicto. La Comunidad Terapéutica Medellín donde el protagonista pasó dos largas temporadas, colindaba con la cárcel de máxima seguridad de Itagüí (“ellos permanecían encarcelados al frente nuestro por vendernos su mercancía, y nosotros reclusos al frente suyo por comprársela”, pág. 14). Gracias al Niño Dios empezó a soplar basuco en el barrio Aranjuez donde aprendió a tallar figuras del pesebre en el taller familiar. Y después de haber tocado fondo tras veinte años de consumo, se convirtió en modelo de La Comunidad.

Las razones de su liderazgo natural las encontramos en este libro que tiene la fuerza del testimonio y el mérito de la escritura limpia, espontánea, sin más pretensiones que compartir la experiencia con quienes estén pasando por la misma enfermedad, adictos o familiares. Y habrá sido eficaz esta terapia de escritura porque el libro tuvo dos ediciones del ITM y una nueva, en 2013, de Aguilar. Todo porque sin ser un libro de autoayuda, les ofrece algún consuelo a quienes están inmersos en ese infierno; al menos el autor logró salir y a los 48 años se dedica a dar charlas en los colegios para desestimar la curiosidad de los jóvenes por probar la droga o, si ya lo hicieron, para que piensen en dejarla. Siguió

escribiendo, pero poesía, género que subyace en la eficacia de las imágenes, el ritmo verbal y la contención que administra en cada línea de su texto.

Por eso no sorprende que el autor del prólogo sea Jaime Jaramillo Escobar (X-504), director del Taller de Poesía de la Biblioteca Pública Piloto al que asiste Valderrama Santamaría, y que lo animó a escribir este libro, de gran valor por su “franqueza confesional” y su propósito ilustrativo y didáctico.

El libro se divide en dos partes. En la primera, Valderrama cuenta su vida en el popular barrio Aranjuez donde se inició en la droga a los catorce años, su ingreso, recaída y retorno a La Comunidad. En la segunda parte ofrece una galería de retratos de sus compañeros y compañeras —que llegaban a la Casa de las Muñecas— y terapistas, tan expresivos y reales que cualquier lector puede identificarse con ellos, aunque no haya habitado jamás en los submundos descritos. Se les palpan las cicatrices, las pocas carnes, los ojos hundidos y el temblor que los caracteriza. Los hay con alma de asesinos y entrañables, como el Torero, que pasó de ser llamado ‘El prodigio de Pereira’ a ‘Basuquillo de América’. Y entre abogados, homosexuales, jaladores de carros, odontólogos, prostitutas, maestros, ingenieros, reos ausentes, etc., la “fauna” del lugar que describe el narrador, llegó un matrimonio de encuadernadores consumado en el vicio; finalmente él, que presumía de ser fumador social, abandonó el tratamiento; mientras ella perseveró para recuperar a sus hijos adolescentes, que estaban limpios. Una de las historias más fuertes.

